



## RETIRO EN LA CIUDAD

F. Javier Vitoria Cormenzana

### II: VIERNES SANTO

**JESÚS CRUCIFICADO, SABIDURÍA Y PODER DE DIOS EN LOS CORREDORES DE LA MUERTE DE NUESTRO MUNDO.**

#### I

##### UN RECUERDO PELIGROSO...

En Viernes Santo y ante la Cruz de Jesús todos deberíamos guardar silencio.

- \*El silencio respetuoso que se merece todo hombre moribundo.
- \*El silencio denso y profundo que reclama todo inocente ejecutado injustamente.
- \*El silencio orante que provoca un “Dios crucificado” como un blasfemo y un malhechor.

La contemplación de la Cruz de Jesús ha dejado de ser un acontecimiento escandaloso para nosotros. Estamos demasiado acostumbrados a construir cruces a nuestra medida y, cuando pretendemos recordar la de Jesús, no sabemos cómo hacerlo. Se nos ha borrado de nuestra memoria colectiva.

La hemos desalojado, cada vez que con la cruz de Jesús hemos hecho puños de espada que matan, medallas que privilegian, pectorales que aíslan y adornos que

narcotizan. Hemos construido nuestras cruces con materiales preciosos, las hemos llenado de palabras vacías y hemos ido haciendo oídos sordos a esa palabra turbadora de Dios que es el Crucificado.

Ponerse con verdad ante Jesús Crucificado resulta un *ejercicio peligroso* para unos hombres y mujeres, como nosotros, que tendemos a pensar que nuestro modo de vivir es normal, razonable y sensato. Al fin y al cabo nosotros somos hombres y mujeres de “fuste” –política, cultural y eclesialmente correctos, se dice ahora- y, bien mirado, el Evangelio de Jesús no lo tiene.

No resulta nada razonable que los últimos sean los primeros.

Ni sensato darle agua o respiro al adversario.

Ni pensable humanamente poner la otra mejilla después de ser abofeteado.

Ni tiene sentido común afirmar que “fuera de los pobres no hay salvación”.

Ni es políticamente correcto afirmar que un ser humano, cualquier ser humano, también los de las pateras, vale más que “el ámbito vasco de decisión”, el “estatut” o “la constitución española”.

Ni eclesialmente ortodoxo defender que es más divino garantizar el amor entre los enfermos de SIDA que el cumplimiento de la ley eclesiástica en las relaciones sexuales.

## II

### LA MEMORIA DEL CRUCIFICADO

El Crucificado –los crucificados de nuestra historia de hoy es/son “un rostro que me mira y desde el que yo miro”. Dejarnos mirar por el Crucificado nos parecerá peligroso, pero nos puede resultar *salvador*. En la cruz de Jesús –y en los crucificados de hoy, las cruces-móviles- hay luz para nosotros, sabiduría divina que puede darnos vida, si nos dejamos mirar por los ojos de Jesús crucificado, cuando miramos la realidad:

S. Ignacio recomendaba al ejercitante ponerse de rodillas ante el Crucificado y entablar este diálogo con él: qué he hecho por Cristo, qué hago por Cristo, qué debo hacer por Cristo. I. Ellacuría actualizó este diálogo y nos ha invitado a los cristianos del Primer Mundo a que nos preguntemos: que habéis hecho por los crucificados de la historia, qué hacéis por ellos, qué debéis hacer por ellos.

Poner gracia en los parajes de las desgracias, realizar la salvación allí donde todo está perdido aparentemente, dar vida en los corredores de la muerte que atraviesan la tierra, construir fraternalmente la historia es un programa incomparablemente trágico. El costo de la liberación o de la construcción de una sociedad solidaria y fraterna es la *historia de los vencidos*. Pero, como ellos, hay cientos de mártires anónimos de la justicia y la solidaridad. Hombres y mujeres, creyentes o no, laicos y religiosos, sacerdotes y campesinos todos ellos *reclaman justicia*. Y provocan el anhelo de que el verdugo no pueda triunfar sobre su víctima. Desde ahí se levanta la protesta airada a Dios: ¿por qué a los malos les va tan bien y a los buenos tan mal?

\*Muchas veces la pequeña historia personal también está marcada por el fracaso y la tragedia del anonimato, del arrinconamiento, de la irrelevancia de nuestras vidas y de nuestros trabajos: ¿habrá servido de algo y para algo nuestra entrega?

Dios nos invita a ser contemplados por la pasión de Jesús; y a contemplar desde ella la pasión del mundo y nuestras propias vidas en las que tantas veces faltan las señales más elementales de la Salvación. Seguramente algunos de nosotros lo podremos hacer en una hora en la que los que matan las esperanzas de los prisioneros de la tierra y a sus liberadores “creen estar dando gloria a Dios” (cf. Jn 16,2).

### III

#### LA MUERTE DE JESÚS: SU REALIDAD HISTÓRICA

La cruz es consecuencia de la conflictividad generada desde el comienzo por la actividad de Jesús. Su visión de Dios y del hombre y sobre todo sus prácticas, colisionaron directamente con las visiones y practicas oficiales. Y esto generó un

conflicto de gran envergadura que en muy poco tiempo le avocó al callejón sin salida de su propia muerte. La cruz es, pues, consecuencia de la *fidelidad histórica a su camino* y no necesidad metafísica o divina. Finalmente la suerte está echada y se hace necesario que uno muera por el pueblo (cf. Jn 11,50).

Jesús vio venir su propia muerte, pero no la buscó: únicamente el amor y la fidelidad son cauces de salvación y no el sufrimiento en sí mismo. Era el costo del valor de su vida: en este mundo todo lo que vale cuesta.

\*La experimentó como un fracaso de su causa.

Tristeza

Angustia

Miedo

Abandono

Soledad

Todo concluía, solo y abandonado por todos, su propuesta de fraternidad parecía no tener cabida en este mundo, más aún era rechazada y expulsada con él del futuro de la historia. Y además Aquel en quien había confiado, de quien se sabía el predilecto permanecía en silencio y no le sacaba del atolladero de la muerte. Era la experiencia del silencio, del abandono de Dios. Desde “la noche oscura de la injusticia” Jesús exclama: “*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*” (cf. Mc 15,34).

Pero desde esta experiencia que le acorrala contra “las cuerdas de la incredulidad”, Jesús va a recorrer el camino doloroso de la fe que va del sentirse dejado de la mano de Dios a abandonarse confiadamente en sus manos (cf. Lc 23,46). Así acepta dolorosamente la cruz como camino por donde llega el Reinado de Dios. Se trata de la radicalidad de una apuesta creyente, según la cual su donación y su entrega, culminadas trágicamente en su muerte, darán frutos de nueva fraternidad, aunque renuncie a saber los caminos concretos en los que esa nueva fraternidad vaya a florecer...

Jesús ha pasado por su vida y por su muerte sus palabras: “si el grano de trigo no muere...”

## IV

Nada cuestiona más la fe en un Dios Amigo de la Vida o su identidad de «Amor que desciende» que la cifra supermillonaria de víctimas humanas perpetrada por la barbarie organizada de nuestro mundo ¿Por qué las crueldades y atrocidades cometidas por los seres humanos han producido tanto sufrimiento justamente en un siglo, el XX, en el que el progreso de los analgésicos ha transformado la experiencia humana del dolor? ¿Por qué Auschwitz? ¿Por qué Hiroshima? ¿Por qué los “gulags” rusos? ¿Por qué Vietnam? ¿Por qué Camboya? ¿Por qué Sudáfrica? ¿Por qué Belfast? ¿Por qué Ruanda? ¿Por qué Srebrenica? ¿Por qué Kurdistán? ¿Por qué Timor Oriental? ¿Por qué Tienanmen? ¿Por qué Bagdad? ¿Por qué Beirut? ¿Por qué Gaza? ¿Por qué la República Democrática del Congo? ¿Por qué los desaparecidos argentinos, chilenos, uruguayos? ¿Por qué el 11 S o el 11 M? ¿Por qué la barbarie etarra? ¿Por qué los modernos corredores de la muerte, donde millones de seres humanos -¡dicen que hijos e hijas de Dios!- mueren todos los días? ¿Por qué la hambruna masiva, la emigración a la desesperada, la depauperación imparabile de tanto y tantos seres humanos? ¿Por qué “África, la *shoa* de nuestro tiempo” (P. Casaldáliga)?

Toda esta inacabable retahíla de preguntas parece postular una declaración de bancarrota de la fe en Dios y un descrédito total del nombre agustiniano de Dios: «Yo soy tu salvación». El sufrimiento del mundo, en todas sus formas, plantea el tema excesivo del significado del mal. Tengo grabada a fuego en mi memoria la carta de J. M<sup>a</sup> Mendiluce a Dios. Su lectura me enseñó una vez más la abismal diferencia que existe entre hablar teológicamente *de* Dios y el mal, y hablar *a* Dios como víctima del mal o en nombre de sus damnificados.

La misiva está escrita con el alma herida por las 8.000 víctimas del genocidio de Srebrenica, y con los huesos doloridos después de cargar 610 ataúdes de los últimos musulmanes identificados de las fosas comunes que contenían los cuerpos de los masacrados. Se trata de una carta de obligada lectura para quienes hablamos “por oficio” de Dios. Me limitaré a transcribir su parte final:

«No me interesa reprocharte tus errores antiguos, sino tu impotencia presente, que me llevará a concluir que, o no estás ni estuviste nunca, que te importamos un bledo, o, lo peor, que te complazca el sufrimiento ajeno, como a cualquiera de los que han vivido de tu nombre [...] Vengo de un siniestro aniversario: el décimo del genocidio de Srebrenica. Y aunque sea únicamente como ejemplo, no te lo perdonaré nunca. Ya sé que 8.000 cadáveres no son nada para ti, que has visto tantos. Tampoco lo son comparados con cuando unos alemanes se volvieron locos y metieron a millones de los que (creo) te llaman Yahvé en hornos crematorios. Esta vez, los que mataban en tu nombre eran de esa variante cristiana llamada “ortodoxos”. Y los que murieron por creer en ti eran de los que te llaman Alá [...] Comprenderás que la belleza de las mariposas y de un atardecer no justifica tu inacción ante los holocaustos y genocidios, inquisiciones y cruzadas, suicidas criminales o ante la ignominia del hambre y de las modernas plagas. Ni que hayas creado una criatura monstruosa (a tu imagen y semejanza) capaz de destruir todo lo bello que, al parecer, también tú construiste, aunque pareciéramos hombres y naturaleza surgidos de distintos dioses. Y qué poco tiempo nos queda para remediar los desastres que cometemos, amigo extraño, muchas veces y otra vez, en tu nombre. Si ésta es tu forma de mostrarte, formas parte del problema y me tendrás del lado de los que te combaten. Si estás dormido, despierta. Y pon orden en las cosas. Y, si no existes, ay, Dios mío, ¿qué podremos pedirte tus criaturas, huérfanas de un padre a cuya imagen se construyó nuestra sociedad y la sacrosanta familia que defienden tus viriles y vírgenes, ancianos portavoces, vestidos de púrpuras y oros, birretes y enaguas? Siempre me dejas entre la rabia y el vacío. Y prefiero el vacío de tu ausencia a la rabia que me genera tu criminal desidia. Que Dios te bendiga»

Realmente me impresiona cada vez que releo este texto cargado de reproches hacia Dios. No siempre se reacciona de la misma manera. Desde el lugar donde los judíos y los gitanos eran “enterrados en el aire” -como poéticamente escribe P. Celan para hablar de su exterminio en los hornos crematorios-, se le puede invocar como «Nadie»:

«Nadie nos plasma de nuevo de tierra y arcilla,  
nadie encanta nuestro polvo.  
Nadie.  
Alabado seas tú, Nadie.

Por amor a ti queremos  
florecer.  
Hacia  
ti.  
Una nada  
fuimos, somos seremos  
siempre, floreciendo:  
rosa de nada,  
de Nadie rosa.  
Claro del alma el estilo,  
yermo tal cielo el estambre,  
roja la corola  
por la pura palabra que cantamos  
sobre oh sobre  
la espina».

J. Derrida, comentando el «Salmo» de P. Celan, escribe: «Dirigirse a nadie no es exactamente lo mismo que no dirigirse a nadie. Hablar a nadie, *arriesgándose*, cada vez, singularmente, a que no haya nadie que bendecir, nadie para bendecir, ¿no es la única oportunidad de una bendición? ¿de un acto de fe? ¿Qué sería una bendición segura de sí misma? Un juicio, una certeza, un dogma».

Pero ¿es posible hacer experiencia de Dios bajo este tipo de experiencias humanas negativas? Conviene no responder a la pregunta ni rápidamente, ni contundentemente. La noche oscura pone en tal trance la fe en Dios que una mujer joven judía, testigo excepcional de su presencia/ausencia en Auschwitz acuñará la fórmula «ayudar a Dios» para no echarle de nuestra profundidad:

«Te ayudaré, Dios mío, para que no me abandones, pero no puedo asegurarte nada por anticipado. Sólo una cosa es para mí cada vez más evidente: que tú no puedes ayudarnos, que debemos ayudarte a ti, y así nos ayudaremos a nosotros mismos. Es lo único que tiene importancia en estos tiempos, Dios: salvar un fragmento de ti en nosotros. Tal vez a sí podamos hacer algo para resucitarte en los corazones desolados de la gente. Sí, mi Señor, parece ser que tú tampoco puedes cambiar mucho las circunstancias; al fin y al cabo, pertenecen a esta vida...Y con cada latido del corazón tengo más claro que tú no nos puedes ayudar, sino que debemos nosotros ayudarte a ti y que tenemos que defender hasta el final el lugar que ocupas en nuestro interior».

“Con temor y temblor”, pues, podemos afirmar que las experiencias negativas poseen capacidad para desvelar, en situaciones humanas tan negativas que parecen incluso negar la existencia de Dios, su Presencia: la del Dios Vivo, crucificado en los calvarios de la historia, la del Dios Bueno, aplastada por el poder del mal, la de su Gloria, velada en la sombras del horror, la del Esplendor de la Verdad, aprisionado en el poder homicida de la mentira. Esta experiencia sólo puede ser contada, narrada en primera persona. Los teólogos podemos seguir hablando de Dios en contemporaneidad con un mundo que se ha convertido en “un gran campo de exterminio” porque en “sus barracones” se sigue orando a Dios, a Yahvé, al Padre de Jesús, incluso a Nadie. Podemos seguir hablando de Dios siendo coetáneos de la *shoa* africana por que allí se sigue invocando y practicando al Dios de la Vida.

Jesús de Nazaret en su recorrido creyente percibió la capacidad reveladora del sufrimiento y el carácter teofánico de lo negativo a través de un conjunto de experiencias de contraste. Su experiencia del pobre y la experiencia de su fracaso, pasión y muerte se convirtieron en lugar privilegiado de su experiencia de Dios también cuando, como dice S. Ignacio de Loyola en Libro de los Ejercicios, «la Divinidad se esconde».

## V

### LA CRUZ SABIDURÍA DE DIOS (CF. 1COR 1,25; 1COR 1,17-31)

#### **Una palabra sobre Dios**

¿Por qué permite Dios el mal en el mundo? ¿Cómo es posible hablar de Dios después de Auschwitz, y en contemporaneidad con...? La cruz no responde con razones. Nos ofrece una luz. Al trasluz del Crucificado Dios nos hace compartir su secreta sabiduría: la de su amor y su ternura.

#### *La vulnerabilidad y la ternura de Dios*

Dios Todopoderoso va apareciendo en la historia como un Dios que paulatinamente se “debilita” y se hace vulnerable por amor a los hombres. Y este

“debilitamiento” llega hasta unos límites tan insospechados y sorprendentes, que loca e insensatamente, cuando los hombres le arrebatamos de sus manos aquello que más quiere y más suyo es, Jesús, su Hijo Unigénito, Dios lo cede o lo entrega. Jesús es el Don y la Ofrenda hecha por el Padre a la humanidad hasta el extremo de su muerte sacrificial, ya evocada en el Antiguo Testamento por el sacrificio de Abraham (cf. Gen 22, 1-14).

Podemos aplicar al caso de la cruz de Jesús algunas de las afirmaciones del filósofo judío H. Jonas, en sus reflexiones sobre el concepto de Dios después de Auschwitz: El Dios del Crucificado “*¡no es un Dios omnipotente!*”; en la cruz se revela “*un Dios amenazado, un Dios con un riesgo propio*”. Dios “*no intervino porque no quiso, sino porque no pudo*”.

Así la cruz se convirtió en el coste que Dios mismo está dispuesto a pagar por amor a los hombres, y paga a causa del pecado histórico de los hombres, con el fin de que estos participen de “la vida de su vida” y alcancen así la salvación, es decir, la vida de Dios. La cruz revela un Dios donador de su Hijo como expiación del pecado: la cruz es el don que Dios nos hace de su Hijo para que en su vida entregada –en su sangre– volvamos a tener vida y nos podamos sustraer a la muerte.

#### *La solidaridad compasiva de Dios*

La cruz revela todo el poder y toda la gravedad del pecado del mundo: es capaz de arrancar violentamente al Hijo de las manos de Dios, negándole el ejercicio de su paternidad, alcanzándole con el dolor y el sufrimiento. Pero al mismo tiempo también manifiesta otro rostro del Dios solidario y compasivo. Dios Padre abraza visceralmente, con entrañas de madre, la situación y los sentimientos de su Hijo, Jesús, en la cruz. Y de este modo padece-con-Jesús el sufrimiento del abandono y la muerte. El Padre se siente afectado por la muerte del Hijo en correspondencia con el dolor del Hijo por el abandono del Padre. La “pasión” del Padre se convierte en el otro nombre del amor infinito al Hijo. Constituye algo así como el sufrimiento producido en el Padre por la muerte del “grano” que Él siembra en el surco de la historia para que broten de ella frutos divinos (cf. Jn 12,24; 15,13.15).

### *Un Dios afectado por el sufrimiento.*

Un Dios afectado por el dolor de su Hijo y de sus hijos, los hombres, que se ha quedado en los crucificados de la historia, haciendo de ellos y de su grito el lugar de su tortura y el clamor de su liberación. Un Dios que salva “desde dentro” del sufrimiento injusto y que se deja afectar por él. Y por ello aparece como el Dios de los pobres, de las mujeres maltratadas, de las víctimas de las guerras, de los viajeros de las pateras, de los enfermos de Sida, de los famélicos...

“Dios, clavado en la cruz, permite que le echen del mundo. Dios es impotente y débil en el mundo, y sólo así está Dios con nosotros y nos ayuda. Mt 8,17 indica claramente que Cristo no nos ayuda con su omnipotencia, sino por su debilidad y sus sufrimientos [...] La religiosidad humana remite al hombre, en su necesidad, al poder de Dios en el mundo [...] Pero la Biblia lo remite a la debilidad y al sufrimiento de Dios; solo el Dios sufriente puede ayudarnos” (D. Bonhoeffer).

## **VI**

### **UNA PALABRA SOBRE EL HOMBRE**

En la cruz aparece con toda su crudeza la inhumanidad del hombre y uno siente vergüenza por pertenecer a esta vieja raza humana. Pero al mismo tiempo en ella aparece el hombre nuevo, su calidad, vencida, rota y destrozada, pero allí está. Y ello nos redime de nuestra inhumanidad y nos reconcilia con nuestra humanidad perdida. Con los pies en la tierra y abierto a la trascendencia, el hombre nuevo abre sus brazos para hermanarse con todos los miserables, vencidos y muertos de la historia y camina con el corazón y la cabeza heridos con “la herida del amor, la de la muerte y la de la vida” (M. Hernández).

### **UNA PALABRA SOBRE LA TAREA SALVADORA**

Salvar consiste en arrancar a Dios de su cruz y de las cruces del mundo. Nosotros somos sus Cireneos, cuando desde dentro de la conflictividad de la historia,

soportando con amor y por amor su dolor y su cruz, vivimos y morimos, como el grano de trigo, para que en adelante nadie deba morir para vivir y para amar.

Asemejarse a Dios no representa ni un desafío intelectual –obrar para desarrollar el intelecto-, ni una tarea moral –concluir la creación de la que el hombre es responsable-, sino participar de la capacidad divina de aproximarse a “los abandonados” al borde del camino, a “los crucificados” fuera de la ciudad y simpatizar con ellos, dejándose afectar por sus emociones y pasiones. Y en esa proximidad experimentar cómo sufre la imagen de Dios en el presente (cf. Mt 25, 30...) y actuar para aliviar su aflicción.

## VII

### UN CRISTIANISMO QUE VIVE BAJO LA CRUZ

\*Sabe que ha nacido del costado del Crucificado, y no del trono de Caifás. Fiel a ese Dios Padre, discreto, aprende, dolorosamente y por amor a los hombres, a dejarse arrancar de las manos aquello que más ama y que -¡ojalá coincida!- con aquello que más suyo es.

\*Siguiendo el camino de su Hermano Mayor y Señor, Jesús, se siente más afectado por el dolor del mundo que por la heterodoxia de los hombres; y busca en el esfuerzo por ser "cauce de salvación" para los pobres, ese lugar peligroso, pero salvador para sí mismo, donde quiere servir a Dios. Renuncia a ser dueño de su propia vida, a programar con anticipación los resultados del propio hacer y padecer, pues solo el Padre puede suscitar la Pascua.

\*Impulsado y fortalecido por el Espíritu invencible de la cruz se despliega en esta historia reseca por su insolidaridad y maldita por la sangre derramada injustamente como "seno materno" del que van naciendo nuevos hijos de Dios y hermanos de Jesús para bien y salvación de esta vieja humanidad y para gloria y alabanza de Dios.

\*En el futuro un cristianismo así no dependerá de la inteligencia, sensatez o capacidad política de sus prelados y dirigentes. Dependerá más bien de su servicio a las necesidades de la humanidad, ya sean éstas físicas, psíquicas, sociales, económicas, políticas, éticas, etc. Un servicio gratuito, que evite el rellenar a continuación una sección publicitaria con los servicios prestados. Habrá de caminar hasta las más extremas situaciones de perdición y caída del hombre para estar a su lado justamente cuando se halla envuelto en estas situaciones. La comunidad cristiana será así esa "luna" que refleja sobre el mundo la luz de Cristo, aunque para ello "una espada atraviere su alma", como a María, Madre y figura de la Iglesia.(U. Bach ).